

y tan brillante como sobrio. El eminente escritor andaluz se conquistó con su rica y varia labor honrosísimo lugar entre los actuales briosos renovadores de la literatura castellana, y merece hoy, con las más dulces flores del recuerdo, la grave sombra del laurel.

Pero en sus CUENTOS DE LOCOS es quizá donde aparece más sutil su humorismo, más firme su diálogo, más primorosamente tallada su frase. CUENTOS DE LOCOS es además una obra eminentemente representativa de la actual pasión psicológica, de la sutílización literaria y del estetismo.

Sea pues este libro consolidación invencible del renombre de Sawa, y granjéele el amor entrañable de los hombres, más venturoso monumento que los mármoles y bronces.

EM ILIO VALLÉS



JUDAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO



ESTABA en el Museo contemplando extasiado el hermoso cuadro de Van Dyck «El beso de Judas.»

De pronto sonó una voz detrás de mí, una voz queda y lúgubre, que me hizo estremecer de espanto.

—¿Verdad, caballero, que yo tengo cierto parecido físico con el discípulo traidor del Hijo de Dios?

Me volví asustado.

El que me hablaba era un hombre de alta estatura, vestido completamente de negro, el cabello y la barba del color del azafrán, los ojos saltones, la piel colgante, amarilla por la ictericia...

—Y vea usted lo que son las coincidencias—añadió el desconocido—

también me llamo Judas como el que vendió á Cristo.

Y sonriéndose tristemente:

—Pero no desconfíe usted de mí... Crea usted que en el fondo soy un buen hombre.

Y agarrándose de mi brazo, como si fuéramos amigos de toda la vida, me invitó á tomar un bock de cerveza.

Yo le seguí maquinalmente, entre asustado y curioso.

Ya en el café, el extraño personaje me contó su historia entre bock y bock de cerveza, hablando siempre con aquella voz queda y lúgubre, que daba escalofríos. No tenía nacionalidad conocida; era judío y había nacido de cualquier madre y de cualquier padre, no sabía dónde. Vivía solo en el mundo, sin mujer, ni hijos, ni amigos. Practicaba la medicina, aunque no era médico.—Esto me ha proporcionado el placer—añadió sonriendo—de matar á mucha gente con toda impunidad.—Había viajado mucho, viajaba constantemente. Tenía casi tantos años como

la Humanidad. Y le aburría la vida, y ya una vez había intentado suicidarse colgándose de un árbol.

—Ya le he dicho á usted—concluyó—que no tengo amigos. Los hombres me inspiran un profundo desprecio. Odio, mejor. Pero usted, sin saber por qué, me ha sido simpático. Tiene usted cara de bueno y de inteligente. Así como yo me parezco al discípulo traidor, usted se parece al Maestro sublime. Y yo necesito, para salvarme, sentir algún afecto noble, amar á alguien, tener un amigo siquiera...

Y cogiéndome las manos y estrechándomelas nerviosamente entre las suyas, heladas como las de un muerto, añadió:

—Si..., aunque usted no quiera, yo seré su amigo, su hermano... ¡La regeneración del mundo está en el amor! Yo he pasado la vida odiando al Hombre... ¡Si llegase á amar estaría salvado!

Y en voz baja, como si hablara consigo mismo:

—¡Diecinueve siglos de lucha es ya

bastante castigo... ¡Oh, Padre de todos, ten compasión de mí!

¡Diecinueve siglos! Pensé que aquel hombre estaba loco, y para poner fin á la extraña conversación le ofrecí en términos vulgares mi amistad, y me despedí de él prometiéndole volver pasados tres ó cuatro días á aquel café donde habíamos celebrado nuestra primera entrevista.

Don Judas me estrechó las manos conmovido, intentó abrazarme, y me rogó, con frases de la mayor cortesía, que pagara la cerveza que habíamos bebido, «porque—añadió tristemente—su dinero estaba maldito y no se lo admitían en ninguna parte».

* * *

Desde aquel funesto día don Judas fué mi amigo, mi camarada, mi compañero de todas las horas, mi hermano...

Y desde aquel día comenzaron mis desgracias. Don Judas debía poseer un dón siniestro, eso que los italia-

nos llaman la *jettatura*, y vivir con él era vivir en la trágica compañía del infortunio y del dolor.

¡Lo que yo he padecido en los tres meses que ese sér maldito ha sido mi amigo!

Yo soy muy débil de carácter, y don Judas se había apoderado de tal modo de mi voluntad, que yo no me atrevía á hacer nada sin su consentimiento y su consejo.

Por mandato imperativo de él coloqué mi modesto capital en acciones de la Sociedad «La Honradez», y la tal Sociedad quebró á poco, dejándome en la miseria.

A sus manos murieron, en el espacio de siete días, mi madre, mi mujer y mis cuatro hijos, atacados de una enfermedad extraña, para la que los médicos no encontraban remedio.

Don Judas, que, como le he dicho á usted antes, practicaba la medicina, asistió solícito á mis enfermos, cuidándolos con cariño de madre, actuando á la vez de médico y de enfermero.

A la muerte de mi último hijo, don Judas, completamente desesperado —más desesperado en apariencia que yo— se arrojó en mis brazos declarándose responsable de todas las desgracias que ocurrían.

—Yo soy un sér funesto... yo soy el genio del mal... Estoy maldito, de Dios y de los hombres... He querido regenerarme por el amor y he sido tu amigo leal, tu hermano... Y te he traído la desgracia, y he traído la desgracia á esta casa. ¡Dios no me perdona! Por mí has perdido á tu madre, á tu mujer y á tus hijos. Por mí te has arruinado. Nadie puede ser feliz en mi amor. La cólera de Jehová persigue implacable á todos los que amo.

Y lloraba y rugía, y se arrancaba furioso los recios mechones de su barba roja.

Loco de angustia le pregunté:

—¿Pero quién eres tú entonces?

Se echó á reír. ¡Qué risa la suya! Así deben de reír los diablos, si es que rien.

—¡Imbécil! ¿No me has conocido?

Yo soy la traición, el engaño, la perfidia, la maldad... ¡Yo soy Judas, el que vendió á Cristo por treinta monedas!

Y agitando en sus manos una bolsa:

—¡Aquí tienes el precio de mi traición! Por eso te decía que mi dinero estaba maldito y me lo rechazaban en todas partes.

Volvió á reír con su risa infernal de desesperado.

—Mira mi cuello... Aun conserva la señal de la cuerda con que intenté ahorcarme, arrepentido de mi traición. ¡Pero, desgraciado de mí, estoy condenado á vivir siempre!

—¡Nó!—grité loco—¡al fin ha llegado tu última hora! ¡Morirás á mis manos, asesino de mi madre, asesino de mi mujer, asesino de mis hijos!

—¡Sí!—aulló Judas—¡mátame por caridad!

Me arrojé sobre él furioso, apretándole el cuello con ambas manos.

Y estuve apretando mucho tiempo.

Por fin le dejé caer al suelo, sin vida, muerto...

Y por haber librado á la humanidad de ese hombre maldito, por haber matado á Judas el traidor, me han traído aquí, á este manicomio...



EL GATO DE BAUDELAIRE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1946. 1625 MONTERREY, MEXICO